



Cuando no arde una zarza

Eddy Hall y Gary Morsch

Puede que tu sueño de toda la vida sea algo que Dios ha puesto en ti.



Se encontraba cuidando ovejas en el desierto el día que vio una zarza que ardía y oyó una voz que desde la zarza le decía: «Descálzate, que el lugar que pisas es tierra sagrada». Moisés se descalzó y Dios le dijo: «Te envío a liberar a tu pueblo de su esclavitud en Egipto» (Éxodo 3,1-6).

En el camino a Damasco, una luz cegadora derribó a Saulo y una voz del cielo le preguntó: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» Y más adelante la voz le dijo: «Te envío a los gentiles, para abrir sus ojos para que salgan de las tinieblas a la luz» (Hechos 26,12-18).

Sin duda has oído a pastores y misioneros contar historias dramáticas acerca de su llamamiento al ministe-

rio. Son historias maravillosas, que fomentan la fe. Pero por cada persona que experimenta uno de esos llamamientos dramáticos, hay docenas de personas a las que Dios llama sin fuegos artificiales ni bombo y platillo. Algunos cristianos no se enteran del llamamiento de Dios porque están esperando algún equivalente a la zarza que arde o la voz del cielo. Se quedan sin oír que Dios los llama al ministerio, no porque Dios no llame sino porque no saben cómo escuchar.

Reconocer el llamamiento de Dios consiste en tomar constancia de la pasión que Dios nos ha dado, saber cuáles son nuestros dones y nuestras habilidades, y reconocer los plazos de Dios.

Pista N° 1: Pasión

¿Arde en ti una pasión profunda por hacer algo en particular para Dios? Quizá nunca te atreviste a soñar que pudiese realizarse. Pero pue-

de que tu sueño de toda la vida sea algo que Dios ha puesto en ti.

Hay dos preguntas que pueden ayudarte a identificar una pasión que Dios te ha dado. En primer lugar: ¿Entre las cosas que hacen sufrir a Dios, hay alguna en particular que también te hace sufrir a ti? ¿El dolor de los sin techo? ¿Los niños que sufren explotación sexual? ¿El racismo y la xenofobia? ¿Te produce un dolor indecible el sufrimiento de adultos que sufrieron abusos traumáticos durante su niñez? ¿Te parte el alma enterarte de matrimonios que no funcionan? ¿Dónde en este mundo de males está ese dolor que más anhelarías poder curar?

En segundo lugar: ¿Qué clase de ministerio personal te encantaría realizar —junto con otros, desde luego— para aliviar ese dolor con el amor de Dios? ¿Sueñas con una ciudad donde los sin techo tuvieran donde resguardarse y comer? Si es así, ¿en qué aspectos te gustaría participar (junto con otros) para que ese sueño se convirtie-

También en este número:

La participación de todos	4
Noticias de nuestras iglesias	6
El libro de Ezequiel	8

Tu pasión te indica en qué equipo vas a jugar; pero tus dones y destrezas te indican cual será tu posición en el campo de juego.

se en realidad? ¿Anhelas que los matrimonios que no consiguen ser felices pudiesen hallar recursos prácticos para sanar su vida de pareja? Si es así, ¿qué es lo que más te satisfaría hacer para que ese sueño se convirtiese en realidad?

En su libro *Wishful Thinking: A Theological ABC*, Frederick Buechner escribe: «El lugar al que te llama Dios es el punto de encuentro entre tu profundo gozo y la acuciante necesidad del mundo».

Pista Nº 2: Habilidades

Si tu pasión indica en qué dirección te llama Dios para ministrar, tus dones espirituales y demás destrezas definen tu papel en ese ministerio. Pensemos en el ministerio de *Habitat for Humanity*, una organización que se dedica a reconstruir las viviendas de los marginados en Estados Unidos: Si Dios te llama a este ministerio, lo sabrás porque tienes una pasión por responder a las necesidades de los que carecen de vivienda digna. Sin embargo esa pasión no te aclara si tu papel dentro del equipo de *Habitat* es el de albañil o el de captación de voluntarios. Eso lo determinan tus habilidades que aportas al ministerio: tus dones espirituales, tu formación profesional, tu destreza, personalidad y experiencia laboral.

Tu pasión te indica en qué equipo vas a jugar; pero tus dones y destrezas te indican cual será tu posición en el campo de juego.

A veces descubrir tu llamamiento es tan sencillo como reconocer que Dios ya te tiene haciendo lo que quiere que hagas.

Pista Nº 3: Plazos

Dios llamó a Abraham a ser el padre de una gran nación. Abraham esperó y esperó. Esperó tanto que se hizo tarde para su esposa Sara, demasiado mayor ya para tener hijos. Entonces, para poder realizar el llamamiento que le había hecho Dios, Abraham hizo lo más lógico: tuvo un hijo con Hagar. Humanamente era perfectamente lógico. Pero no era el plan de Dios ni seguía los plazos de Dios.

Los plazos de Dios muchas veces nos dejan perplejos. Aunque a Abraham le pareció —y muchas veces nos parece a nosotros— que Dios se demoraba más de la cuenta, ese jamás es el caso. Dios reveló al profeta Habacuc: «Esta visión tardará bastante. Se acerca jadeando pero ciertamente se cumplirá. Aunque tarde en llegar espérala, porque sucederá y no se atrasará» (Habacuc 2,3).

Dios me llamó (a Eddy) con fuerte convicción a trabajar en ministerio urbano. Durante varios años me comporté al estilo de Abraham: lo intenté todo por hacer realidad la visión que Dios me había dado. Y no conseguí nada. Por fin, al cabo de cuatro años, caí en la cuenta de que necesitaba respetar los plazos establecidos por Dios. Entonces pude relajarme y esperar que se cumpliesen sus plazos.

Así, al cabo de nueve años desde que el sueño primero apareció en mi corazón, el ministerio pudo arrancar por fin cuando otras dos familias se mudaron desde el otro extremo del país para vivir con nosotros y trabajar juntos en un ministerio urbano. Yo había escuchado correctamente el llamamiento. Pero tuve que esperar los plazos de Dios.

Aumenta tus opciones

Una de las barreras más habituales que impiden reconocer el llamamiento de Dios es la estrechez de miras, donde sólo se tienen en cuenta muy pocas opciones de ministerio. Algunas iglesias hacen una lista de todos sus programas y piden a los miembros que indiquen dónde sus dones encajan entre esos ministerios. Tales listas tal vez tengan su utilidad, pero si trabajar en los programas que ya existen en la

iglesia es la única opción, muchos acabarán dedicándose a labores que no concuerdan con su llamamiento... o se quedarán sin participar. Aquí te ofrecemos algunas opciones a tener en cuenta al pensar sobre el llamamiento de Dios. Tus posibilidades de descubrir cuál es tu llamamiento se multiplican si exploras todas las opciones disponibles.

En la mayoría de las iglesias que gozan de buena salud, cada año surgen uno o más ministerios nuevos. (Por cierto, tan importante como aquello es esto: Cada año esas iglesias saben poner fin a uno o más programas que ya han agotado su razón de ser.)

1. Reconocer que ya tienes un ministerio

Juan había servido a su iglesia concienzudamente durante muchos años. Entre otras cosas, había hecho de acomodador y había cantado en la coral; y sin embargo nada parecía encajar del todo. Entonces asistió a un taller en su iglesia sobre el discernimiento del llamamiento. Cuando aprendió que su trabajo de entre semana podía ser en efecto su lugar de ministerio, cayó en la cuenta de que llevaba años realizando un ministerio sin haberlo identificado como tal. A Juan le gustaba mucho su trabajo como vendedor de coches de ocasión, más que nada porque le permitía trabajar con otros vendedores más jóvenes, aconsejarles y apoyarles, casi hacer de figura de padre para algunos de ellos. «Trabajar con estos chicos es mi ministerio, aunque nunca me había fijado en ello —dijo con una enorme sonrisa—. ¡Yo ya venía realizando mi ministerio y sin saberlo!» A veces descubrir tu llamamiento es tan sencillo como reconocer que Dios

ya te tiene haciendo lo que quiere que hagas.

2. Únete a un ministerio que ya funciona

Algo así como la mitad de los miembros de una iglesia hallarán que su llamamiento encaja perfectamente dentro de un programa que la iglesia ya está realizando. Sólo tenemos un problema si damos por descontado que todos o casi todos los cristianos tienen que dedicarse a estos programas.

Si nuestro lugar de empuje no es lo que necesita el programa sino reconocer el llamamiento de Dios, descubriremos que muchos —quizá la mayoría— de los cristianos no están siendo llamados a trabajar en programas que la iglesia ya tiene en marcha. A veces hallar dónde encajar es tan sencillo como ampliar la lista de «oportunidades de ministerio» para que incluya oportunidades de servicio en la sociedad en general. ¿Dónde se nota la actividad de Dios en nuestro entorno social? ¿Cómo puedo participar yo en esa actividad de Dios?

3. Dar una nueva forma a un ministerio conforme a tu llamamiento

Kristin, que estaba a cargo de la Escuela Dominical de su iglesia, se sentía desanimada. Las aulas eran pequeñas, los maestros estaban desmoralizados. Un día alguien le preguntó: «Si pudieras hacer lo que de verdad quisieras con el ministerio para los niños, ¿qué sería?»

Su cara se llenó de luz. «Crearía un nuevo formato, uno de “iglesia para niños”. Juntaríamos en un solo grupo a los 20 niños de 6 a 12 años. Hay algunas chicas del grupo de jóvenes que me podrían ayudar.»

Para mantener con vida un ministerio, tenemos que hallar el justo equilibrio entre la acción y la reflexión, entre la vida exterior y la vida interior.

El consejo de la iglesia aprobó el plan de Kristin y volvieron la emoción y el entusiasmo al ministerio con los niños. El problema de Kristin no había sido su llamamiento. Lo que necesitaba era la autorización para dar una nueva forma al ministerio, en torno a la visión que Dios le había dado.

4. Empieza un ministerio nuevo

Cada iglesia necesita un proceso claramente definido, por el que los miembros puedan recibir autorización y apoyo para lanzar ministerios nuevos que hagan realidad sus sueños. En la mayoría de las iglesias que gozan de buena salud, cada año surgen uno o más ministerios nuevos. (Por cierto, tan importante como aquello es esto: Cada año esas iglesias saben poner fin a uno o más programas que ya han agotado su razón de ser.)

5. Dedicar tiempo a tu llamamiento a interiorizar

Para mantener con vida un ministerio, tenemos que hallar el justo equilibrio entre la acción y la reflexión, entre la vida exterior y la vida interior. Normalmente la vida interior y la vida exterior son una parte habitual de los ritmos del día y la semana. También hay períodos cuando Dios nos llama a apartarnos de nuestro ministerio activo y centrarnos en nuestra vida interior.

Tal vez haya que tomar tiempo, por ejemplo, para estar de duelo, para sobreponerse a una adicción, para recuperarse de los efectos de algún abuso sufrido. La curación interior requiere mucha dedicación y sus etapas más intensivas nos exigen casi toda nuestra energía. Durante esas épocas tenemos que poder centrarnos en nuestra curación personal sin culpabilizarnos si resulta que nos sobra poca o ninguna energía para la misión hacia fuera.

También es posible que Dios nos llame a apartarnos del ministerio para gozar de tiempos de renovación personal. Y así como Pablo pasó tres años en Arabia antes de comenzar su ministerio público (Gálatas 1,17-18), quizá haya épocas cuando nuestro enfoque principal no debe ser el ministerio en el presente sino la preparación para un ministerio en el futuro. Cuando Dios nos llama hacia dentro tenemos que saber responder a ese llamamiento. Una vez concluida esa labor interior, el ministerio exterior también llegará.

No, el llamamiento de Dios no es solamente para esos raros individuos que ven zarzas que arden o se quedan ciegos con una luz celeste. Dios nos llama a cada uno.

Si prestas atención lo escucharás.

—Traducido con permiso para El Mensajero por D.B., de *The Mennonite*, 2 noviembre 2004, pp.8-11.





Fundamentos para la vida de una comunidad de fe

1. Encuentro con Jesús
2. Sentido de pertenencia
- 3. La participación de todos**
4. Una tarea que cumplir
5. Una comunidad de amor

La participación de todos

José Luis Suárez

Algunas consideraciones generales sobre el tema.

El apóstol Pablo afirma sobre la iglesia que es el cuerpo de Cristo. Con esta metáfora, nos habla de la naturaleza de la comunidad cristiana y nos comunica la importancia de las relaciones entre los creyentes que la conforman. En esa comunidad de fe, cada uno debe estar al servicio de los demás. Todos los miembros deben ocupar su lugar y ejercer sus dones, según la gracia que Dios les ha otorgado.

Si continuamos con la metáfora del apóstol Pablo, podemos afirmar que para que un cuerpo viva de forma plena, todos sus órganos deben estar en activo. La actividad de cada miembro es una garantía de vida. Por el contrario, cuantos menos órganos del cuerpo funcionan, más cerca de la muerte se encuentra el cuerpo. La participación de todos los miembros es una de las condiciones para el crecimiento y la

En toda comunidad existe el peligro de que algunos miembros descarguen, en mayor o menor grado, sus responsabilidades sobre los líderes, renunciando así a ejercer su papel y esperando que les resuelvan sus dificultades sin ningún esfuerzo por su parte.

supervivencia de la comunidad de fe. Para ello, es fundamental que cada miembro pueda encontrar su lugar y su tarea por hacer.

Otro elemento a desarrollar en la comunidad de fe para mantener su vitalidad es la creación de espacios no sólo para «hacer cosas», sino también para expresar emociones, sentimientos, propuestas, sugerencias... todo ello, en un contexto de libertad y confianza. Esto no siempre es fácil. Encontramos a personas que no hablan casi nada —o nada— y se trata de facilitar su participación. Los líderes deben estar atentos a este tema. Una sugerencia práctica: crear de forma regular espacios de silencio en reuniones de trabajo, estudios, o cultos. He observado que estos espacios permiten la expresión de las personas más reservadas y menos participativas. Con las personas que hablan con excesiva facilidad, debemos tratar de frenarles y ayudarles a no monopolizar la conversación.

En toda comunidad existe el peligro de que algunos miembros descarguen, en mayor o menor grado, sus responsabilidades sobre los líderes, renunciando así a ejercer su papel y esperando que les resuelvan sus dificultades sin ningún esfuerzo por su parte. Esta es una adaptación a la actitud infantil en su relación con sus padres. Siempre es bueno recordar que la comunidad no es un teatro donde tenemos actores y espectadores, sino que todos somos actores y espectadores simultáneamente, según los diferentes momentos que se viven.

Los dones que Dios nos da.

Cuando hablamos de la participación de todos, el punto de referencia tiene que ver con los dones que Dios da a su pueblo para su edificación y crecimiento. El apóstol Pablo nos habla de este tema sobre todo en tres textos: Romanos 12; 1ª Corintios 12-14 y Efesios 4.

Del análisis de estos textos, se desprende lo siguiente:

1. El contexto en que estos dones aparecen es importante. En Efesios 4:1, se nos invita a andar como él anduvo. En Romanos 12, la lista de los dones y comentarios está precedida, en los versículos 1 y 2, por la necesidad de ser transformados, de buscar la voluntad de Dios y de vivir bajo el señorío de Jesús. Y en Corintios 12, empieza el relato recordando que Jesús es el Señor. Siempre el ejercicio de los dones y toda participación en la comunidad de fe, debe tener como elemento de fondo esta realidad en la vida de cada persona antes que la actividad en la comunidad de fe.
2. En 1ª de Corintios 12:7, Pablo dice: «pero a cada uno se le da la manifestación del Espíritu para el bien común». Con esta afirmación, se nos está diciendo que todos los miembros tenemos algún don. Algunos han recibido varios, pero nadie se queda sin ninguno. La gran variedad de dones dentro de la unidad del cuerpo es ilimitada. En nuestra sociedad, uno de los

dramas es el exclusivismo. Se excluye a personas de trabajos porque son incompetentes, porque no sirven. Sin embargo, dentro de este cuerpo que llamamos iglesia, nadie es excluido. Todos tienen algo que ofrecer a los demás. Nadie puede decir: yo no tengo nada. Recordemos la parábola de los talentos que encontramos en el evangelio de Mateo 25:14-30, donde el énfasis está no en los talentos recibidos, ya que todos han recibido, sino en el uso que se hace de éstos.

3. Los dones son una gracia, un regalo que se nos da. No escogemos sobre lo que queremos hacer. El elemento a tener en cuenta es la libertad del Espíritu que actúa y que nos da como el Señor quiere. Sí que podemos —y debemos— trabajar con lo recibido, mejorarlo, pulirlo, formarnos de manera que lo usemos lo mejor posible para el servicio de los demás. La iniciativa es divina, y por ello, nunca debemos tener envidia por los dones que otros tienen. Nuestra responsabilidad es usar las capacidades que Dios nos ha regalado, porque él sabe que son los dones que corresponden a nuestras posibilidades y tipo de personalidad.
4. El criterio clave de su uso, no es otro que el bien común. Esta expresión corre a través del pensamiento de Pablo de forma que nos hace ver lo fundamental de este criterio. En el capítulo 14 de 2ª Corintios se nos recuerda 7 veces este pensamiento con las palabras *edificación, bien común, edificación de la iglesia*, etc. Este criterio es elemental para el reconocimiento de los dones, pues son los demás los que reconocen este servicio. Nunca es uno mismo el que se auto-reconoce sus capacidades. Podemos vivir situaciones muy tristes cuando encontramos individuos que se empeñan en realizar aquellas tareas que no se les reconoce. A la larga, perjudican a la comunidad de fe y a la propia persona que ejerce esas tareas para las cuales no cuenta con el apoyo de los demás.
5. Todo don es un regalo que se nos da para poder ser útil a los demás y

Cuando hablamos de la participación de todos, el punto de referencia tiene que ver con los dones que Dios da a su pueblo para su edificación y crecimiento.

no para la calificación de un cargo. Es por ello que no cabe en el servicio a los demás el dominio, la posición, la dignidad, la ambición... ni siquiera la autoridad sobre los demás —a no ser que hablemos de la autoridad desde el servicio.

6. Los dones no siempre son dados para ejercitarlos durante toda la vida. Debe desarrollarse una flexibilidad, para ser capaces de adaptarnos a la situación particular de la comunidad de fe y sus necesidades, así como a las realidades personales y cambios de la persona que ejerce los dones.
7. Los dones más pequeños, o aquello que hacemos que nos parece más insignificante, puede ser que sea lo más importante para la vida de la comunidad de fe. 1ª de Corintios 12:22: aquí se muestra que lo im-

portante no es el don recibido, sino la manera que lo usamos.

Un comentario final que no se desprende de la lectura de los textos sobre los dones, sino de las palabras de Jesús: «El que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierde su vida por causa de mí la hallará». Mateo 16.25. El servicio a los demás es un gran sanador, un enorme renovador de equilibrio y estabilidad emocional y espiritual.

Preguntas que pueden ayudarnos a reflexionar más, y de forma personal, sobre el tema:

¿He descubierto mis dones y los estoy ejerciendo en mi comunidad de fe?

¿Las tareas que estoy realizando para los demás han sido reconocidas por mis hermanos y hermanas?

Libros recomendados sobre el tema:

- John H. Yoder, *El ministerio de todos* (Bogotá y Guatemala: Ediciones Clara-Semilla)
- Juan Driver, *Renovación de la Iglesia* (Bogotá y Guatemala: Ediciones Clara-Semilla)
- Lois Barret, *Cómo crear una comunidad de fe y compromiso* (México: Publicaciones el Faro)



Noticias de nuestras iglesias

Celebración de asamblea anual

Barcelona, octubre — Como cada año, se ha celebrado la asamblea de la iglesia. Este año hemos decidido salir afuera de la ciudad, pues es más práctico en cuanto a poder abordar los temas de la iglesia ya que así nada nos distrae. En esta ocasión hemos estado dos días en una casa de colonias en Cabrera de Mar, que es una población costera situada a pocos kilómetros de Barcelona. Los temas tratados han sido muchos y muy densos. A destacar entre unos cuantos:

La elección de un nuevo miembro del Consejo de la iglesia: Se ha escogido a **Xavier Pasques**. Este hermano ya había estado antes en el Consejo,

aunque durante sólo un breve tiempo. Le damos la bienvenida y deseamos que el Señor le guíe para desarrollar tan difícil tarea. También queremos agradecer a **Juan Fernández** por los años dedicados al servicio de los hermanos en el Consejo de iglesia. Que el Señor muestre su camino para esta nueva etapa.

También se ha tratado la situación tan difícil que está viviendo el hogar de ancianos. Las normativas de las autoridades lo están poniendo muy difícil para poder continuar tal y como está la residencia en estos momentos, tanto a nivel económico como de estructura del edificio.

Por otro lado, la Asociación Betania también tiene muchas dificultades para poder continuar debido a pro-

blemas económicos y de carácter interno por parte de los usuarios.

La comunidad en estos momentos está pasando por un dilema muy difícil de decidir, pues el lugar donde está la iglesia está afectado por la reestructuración urbanística de barrio y seguramente en un breve periodo de tiempo tendremos que marcharnos del lugar y se están planteando muchas formas de resolver el tema ya que nos quedaremos por un tiempo sin lugar de reunión. Pedimos las oraciones de todos los hermanos, para que el Señor sea el que dirija todas las situaciones para su gloria y honra. —*José M^a Sánchez, corresponsal*

Culto de paz

Vigo, 1 octubre — El sábado 1 de octubre se celebró una reunión muy especial en la *Iglesia de Horeb*, de Vigo. Presidida por Marcos Zapata, pastor de la iglesia *Buenas Noticias* de Lugo, esta reunión tenía como tema y propósito la reconciliación y bendición mutua entre los miembros actuales de Horeb, y las personas y familias que a lo largo de los años se han ido marchando para integrarse en otras iglesias evangélicas.

Motivo de esta celebración especial, es el reconocimiento de que las motivaciones y circunstancias de esas separaciones no siempre han sido bien comprendidas por una parte y por otra; y que un ingrediente frecuente tiende a ser la tentación a emitir juicios y cada uno justificarse y atrincherarse en sus razones. Luis Sarmiento, pastor menonita venezolano que con su esposa se han incorporado este último año a Horeb, estuvo a cargo de un tiempo de ministración para la sanación interior entre los asistentes que pasaron al frente. Explicó su concepto de que las divisiones —y el alejamiento de miembros en circunstancias negativas— da permiso y autoridad a un «espíritu» de división o contienda, que en los años sucesivos va ejerciendo una influencia nefasta sobre la iglesia, sembrando discordia y un constante goteo de gente descontenta que se marcha.

El pastor, Davide Junquera, ya había hablado sobre la necesidad de



Arriba: Foto de grupo cuando la asamblea anual, Iglesia de Barcelona. **Abajo, izq.:** Xavier Pasques. **Derecha:** Juan Fernández.





Derecha: Culto de Paz, Vigo

perdonar —confesando su propia larga lucha interior con el tema—, para concluir pidiendo también perdón a las personas que sintiesen que él les había ofendido o defraudado.

El acto concluyó con una oración de bendición por la Iglesia de Horeb, así como por cada una de las iglesias y grupos donde Dios ha ido llevando a las personas procedentes de ella. Y posteriormente se realizó un alegre pisolabis de comunión y amistad, amenizado con las danzas espontáneas de algunas hermanas al son de coritos festivos. —D.B.

Una burgalesa en Texas

Texas, 19 octubre 2005 — [*Desde hace algunos meses Gadea García está en Estados Unidos realizando un voluntariado misionero con el programa juvenil RAD (Reaching and Discipling — «Llegar y disciplinar») de las iglesias menonitas de la región de los Grandes Lagos. En un e-mail enviado a la e-lista de la Comunidad Menonita de Burgos hace algunas semanas, contaba cómo su grupo de misión se dirigía a Texas a la vez que se acercaba un huracán. Ahora nos da un testimonio de lo que Dios está haciendo en su vida interior.*]

Quería compartiros algo que Dios ha hecho en mi vida.

Estas últimas semanas llevaba

orando a Dios, declarando su Nombre y su obra en mi vida. Y le pedía que siguiera transformando en mí lo que aun queda por moldear. Le decía:

—Señor, pídemelo lo que sea, que te lo entrego a ti, porque quiero servirte con todo mi cuerpo, alma, mente y ser. Señor, sigue transformándome.

«Casualmente», bastante gente me había estado preguntado durante estas dos semanas, el significado de mis piercings. A lo que respondía: «¡No lo sé! Simplemente me encantan los piercings y tatuajes en general».

Bueno, pues el otro día que estaba orando similar a la oración del principio, sentía que Dios me preguntaba si realmente era capaz de darle lo que sea, que si no era sólo de palabra... Y sentía que Dios me decía: «¿Eres capaz de entregarme tus piercings?»

A lo cual, entré en una lucha interior, de:

1. Si quería obedecer a Dios y servirle para el resto de mis días, serle fiel y suya, tenía que demostrarle que no era sólo de palabra. ¡Sabía lo que tenía que hacer!

2. Por otro lado simplemente no quería, porque no creía que algo así influya en mi vida con Dios.

Finalmente decidí quitarme el de la nariz y el labio. Fue realmente una liberación. Pero a pesar de eso, dos días más tarde (el domingo por la noche)

estaba frustrada, porque a pesar de habérmelos quitado físicamente, sentía que los seguía llevando. Estuve hablando con una de las chicas aquí y le exprese lo que sentía. Realmente quería liberarme de ellos. Me quité el resto de los que tengo en las orejas (sólo guardo los que tengo desde nacimiento) y me puse delante de Dios en actitud de cambiar, de entregárselos en obediencia y amor hacia él, no de rabieta. Finalmente entendí lo que significaban los piercings para mí (y es curioso que sea después de todo):

Los amaba más de lo que yo me imaginaba. Simbolizaban mi refugio y confianza en mí misma. Eran parte de mi máscara de chica dura, (mi protección contra ser vulnerable). En el momento que me los hice, fue un momento en que mi vida estaba en desobediencia y rebeldía en especial contra mis padres. He tenido la oportunidad de pedirles perdón, y quiero honrarles y obedecerles, como autoridad que son para mí, porque Dios les escogió como padres para mí.

Ahora me siento limpia de todo eso, y aunque se me hace algo extraño, me veo la cara y la vida más reluciente.

Dios sigue obrando en mi vida, mostrándome su amor, su misericordia para conmigo y su gracia. Muero a mi **yo** cada día para seguir creciendo más y más en él. Espero que a mi vuelta, sea algo que todos disfrutéis conmigo. Sé que ahora lo que se ha grabado con fuego en mi corazón, son los cimientos firmes para el resto de mi vida. Y es cuando declaro al Señor mi Dios, como mi salvador y mi fortaleza. Estoy dispuesta a dar lo que sea por su Nombre. —Gadea V

Próximo retiro

Burgos, octubre — Los próximos días 25-27 de noviembre, la Comunidad Evangélica Menonita de Burgos estaremos de retiro en Toral de los Guzmanes, León. Agradecemos las oraciones de todas nuestras comunidades hermanas. ¡Que Dios nos renueve la visión y las fuerzas para servirle!

Los libros de la Biblia

Ezequiel

Nada, en ninguno de los libros hasta aquí en la Biblia, prepara al lector para la visión con que abre el libro de Ezequiel. Ezequiel, un sacerdote jerosolimitano que trataba de adaptarse a la dura vida de los exiliados a tierras babilónicas junto al río Quebar, intentando acostumbrarse a la idea de jamás volver a ver el amado Templo que sus antepasados habían servido durante siglos, «Vi —dice— visiones de Dios». Tras forzar al límite la capacidad de expresión de las palabras humanas a lo largo de todo un capítulo, Ezequiel admite que es imposible describir lo que vio, al concluir con las palabras «Tal era el *aspecto* de la semejanza de la gloria del Señor.»

Pero lo más pasmoso de esta visión de ruedas dentro de ruedas, caras de bestias, alas que revolotean, llamas de carbones encendidos, el ruido de todo un campamento de guerra —en definitiva, el Señor en toda su divina majestad— no es la visión en sí sino el horror de encontrársela tan lejos de su casa. Porque si la gloria del Señor había descendido sobre el Templo en días de Salomón y lo había llenado para nunca jamás marcharse, como siempre se había creído, ¿entonces qué hacía ahora junto al río Quebar? ¿No sería que, en efecto, la gloria del Señor había abandonado su Santo Templo? Y si la gloria del Señor había abandonado el Templo y la Tierra Prometida, ¿acaso cabía ya abrigar alguna esperanza?

Ezequiel, aunque mucho más joven que Jeremías, seguramente le había oído profetizar contra Jerusalén en el atrio del Templo. Tal vez se horrorizó tanto como cualquier otro sacerdote ante las palabras aparentemente blasfemas pronunciadas con tanto fervor y convicción por Jeremías. Pero Jerusalén había sido derrotada —aunque no destruida— y ahora en el destierro como todos los de las clases privilegiadas de Jerusalén, Ezequiel iba a padecer visiones proféticas que anunciaran a los exiliados las mismas cosas que Jeremías seguía anunciando a los que quedaban allí en

su ciudad natal.

Como otros profetas bíblicos, Ezequiel observa que el juicio que se cierne sobre Jerusalén y los judíos es parte de una actividad divina que se mueve entre todas las naciones. Por eso una porción importante del libro está dedicada a los juicios del Señor contra las demás naciones. El punto de partida de estas profecías es que el Señor no es sólo Dios de los judíos sino de toda la humanidad. Dios podía tener un pueblo escogido, por qué no, para invocar su Nombre y traer bendición a las naciones. Pero esa elección no eximía —sino todo lo contrario— a ese pueblo de vivir ejemplarmente, dando así entre todas las naciones testimonio de las virtudes de Dios mismo.

Impactado por lo que veía cada vez con mayor claridad acerca del desastre que se cernía sobre Jerusalén, y emocionalmente sobrecargado además por un profundo sufrimiento en su vida privada, Ezequiel al fin se quedó mudo.

Su silencio duró tres años, hasta que un día llegó alguien con la noticia de que Jerusalén había vuelto a ser derrotada y esta vez el rey Nabucodonosor la había arrasado y quemado por completo —y con ella el Templo del Señor— hasta que de toda su gloria pasada ya no quedaban más que escombros humeantes. En ese momento, a mitad del libro, Ezequiel recuperó el habla y sus visiones empezaron a ser de ánimo y reconstrucción, ya no de castigo y ruina.

En sus profecías figura frecuentemente la idea del **Espíritu** del Señor, que transforma los «corazones de piedra» en «corazones de carne», devuelve vida a huesos secos reconstruyendo así una nación derrotada y esparcida a los cuatro vientos por el destierro, y hace de guía mostrando al profeta lo que ha de ver y entender.

Y en el capítulo 18 tenemos una de las más tempranas y clarividentes expresiones de la responsabilidad personal del individuo, frente a teorías de

«maldiciones generacionales» o bendiciones raciales. Si a pesar de sus promesas «eternas» Dios podía destruir Jerusalén por el pecado de sus habitantes, también podía perdonar y bendecir al individuo que se esfuerza por agradar al Señor, no importa cuántos y cuán graves fuesen los pecados de sus antepasados.

Por último, el libro de Ezequiel concluye con capítulos dedicados a describir una utopía, un Israel idealizado, concebido como una especie de jardín paradisíaco, perfectamente simétrico y ordenado, por el que fluye un río milagroso que nace en el umbral del Templo Reconstruido. Y es que a veces soñar fantasías genera las energías necesarias para sobrevivir tiempos duros y, cuando por fin sea posible, reconstruir algo mejor que lo que hubo en el pasado.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de la AMyHCE (Asociación de Menonitas y Hermanos en Cristo en España).

c./ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)
Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de la AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita por las Iglesias de la AMyHCE.

www.menonitas.org